

PRÓLOGO

AL LIBRO SEXTO



ARA ESTE SEGUNDO TOMO de la *Monarquía indiana* he reservado todo lo tocante a la religión de estas gentes indianas por no mezclar ni confundir las materias del primero, de las cuales la primera que debe tratarse es la del conocimiento de Dios, y el que estos indios tuvieron engañados del demonio y ofuscados con el de sus falsos dioses. Y es fuerza que así sea, pues siendo estas gentes racionales, como las demás naciones del mundo, habían de tener Dios, al cual reconociesen como a Señor supremo, por ser fuerza (como probamos en este mismo libro) que los hombres conozcan Dios a quien adorar, y a esto inclina la razón natural; y así, comienza este libro por este fortísimo argumento; y van prosiguiendo luego los errores de los gentiles, hasta dar en grandes y disparatadísimos desatinos y locuras en que cayeron, de que no hay que maravillar, habiéndose apartado de Dios, como se apartaron, por infinidad de pecados que cometieron; a lo cual ayudó fuertemente la astucia y diligencia del demonio, que hallando puerta por donde entrar al corazón de los pecadores, para introducir su falsa adoración en ellos, lo intentó y con facilidad salió con ello; porque es cosa muy fácil despeñarse un ciego guiado de otro ciego, como lo dice Cristo nuestro señor; y siendo ciego el demonio, acerca de la doctrina santa y buena de Dios verdadero, suele fácil dar con el hombre ciego, envuelto en vicios y pecados, en el barranco y abismo de la falsa adoración e idolatría. Y no es pequeña merced la que Dios ha hecho a los que somos de su cristiano pueblo, en habernos traído a él para que con su santa doctrina conociéramos la verdad de su evangelio y las tinieblas en que viven los que de él andan apartados. Aquí podemos traer aquel blasón que en otro tiempo tuvieron los del pueblo de Israel, que por serlo escogido de Dios,¹ decían: No hay nación tan grande, ni de tanta estimación, que tan propicios y cercanos tenga sus dioses como nosotros los cristianos tenemos a nuestro Señor y verdadero Dios, porque éste es el verdadero y todos los demás son falsos y fingidos.

No ha habido nación en el mundo, por bárbara que sea, que no haya reconocido haber deidad y Dios supremo de todas las cosas (como lo dice Eliano),² sin dudar en esta verdad, ni tampoco en si su providencia se ex-

¹ Deut. 4.

² Eliano, de Varia Hist. lib. 2.

tiende en estas cosas inferiores de este mundo, si no fueron algunos pocos griegos, entre los cuales refiere fray Miguel de Medina³ a Misenio, Dionisio Frigio y otros pocos que negaron esta verdad tan llana y conocida, diciendo con Sófocles: El gran Júpiter está en el cielo, desde donde todo lo ve y rige. Y Ovidio Nasón,⁴ dice: Los supremos dioses contemplan con ojos justos, todas las cosas mortales. Y Plauto,⁵ añade: Dios ve y juzga todas las cosas que haces. Y Platón⁶ lo afirma en muchos lugares de sus escritos, en especial en sus diálogos *De las leyes*; y Aristóteles⁷ y Crisipo,⁸ Plotino Platónico y Alexandro Afrodiseo, Cicerón⁹ y otros, como decimos, tratando esta materia en este mismo libro. Pero todo este conocimiento referido fue mezclado y revuelto con opiniones falsas y sentencias erradas acerca de la verdad de la divinidad, porque muchos la dividieron en muchos dioses, como lo dice Plinio el Segundo,¹⁰ y otros muchos con él. Y por esto pusieron tanto número de dioses, como hemos haber tenido los romanos y otras naciones del mundo, antes y después de ellos; entre los cuales se cuentan los indios de esta Nueva España, que siguiendo el error antiguo de los ciegos hombres, los tuvieron en muy grande y crecido número. Porque antes de el santo advenimiento de Cristo señor nuestro, en carne al mundo, casi todo él estaba lleno de idolatría; y el demonio, autor de ella, no cesaba de engañar a los hombres, hablándoles en ídolos y estatuas y tomando figuras y formas de hombres y mujeres para mejor engañarlos. Y después de su santa venida, a redimir al hombre errado y engañado de esta infernal bestia, no luego cesó esta mala y diabólica doctrina, antes quedó establecida y dilatada en aquellas partes donde la santa fe de Jesucristo no fue asentada y donde su predicación totalmente no fue hecha y en otras, que aunque se hubiese predicado, no todos la creyeron y se dejarían llevar de su falsa adoración, como obstinados y malos, por permitirlo así Dios verdadero, por sus grandes y abominables pecados; por los cuales se hacían indignos de este mismo Dios y de su gracia. Pero como las cosas violentas no tienen duración ni permanencia (como dice el Filósofo), esta de la idolatría, como tal, vasa destruyendo y acabando, no sólo porque la divina providencia no la consiente ni la aprueba, sino también porque de su misma naturaleza, por ser falsa y metirosa, no puede permanecer con la verdad ni ser eterna como ella (como dice el Espíritu Santo), porque la verdad permanece para siempre, y la mentira, cuando por algún tiempo dure, al fin viene a tener fin.

De aquí es que todas las gentes erradas del mundo se han despeñado por estos engaños manifiestos del demonio y seguido su diabólico y detestable consejo, afirmando por verdades las que son manifiestas mentiras, deján-

³ Medina, lib. 4 de *Recta in Deum Fide*, cap. 8.

⁴ Ovid. in *Metha*. lib. 13.

⁵ Plaut. in *Capit*.

⁶ Plat. *Dialog*. 10 de *Legibus*.

⁷ Arist. lib. 12. de *Prima Philosoph.* et lib. de *Mundo ad Alexandr.*

⁸ Chrisipo, apud *Gelium*, lib. 7. *Noctium Atticarum*.

⁹ Cicer. lib. de *Nat. Deorum*.

¹⁰ Plin. lib. 2. *Hist. Nat.* cap. 7.

dose llevar vana y calumniosamente de la malicia envidiosa del enemigo universal de esos mismos hombres; con la cual pretende derribarlos del estado santo y puro de la gracia y hacerlos participantes de sus infernales penas. Y con esta ceguera y vicio, que maliciosamente siguieron, dividieron la divinidad en partes, atribuyendo a muchos dioses lo que es de uno sólo y lo que a uno sólo pertenece, como si en la muchedumbre consistiese la perfección; siendo así que todo junto es debido a la unidad de la divina esencia, no siendo más que uno, en cuanto Dios, aunque es Trino en Personas. La cual unidad, en cuanto Dios, confesamos en ley católica y la trinidad de las personas, diferenciándose entre sí, en cuanto personas; porque la persona del Padre, no es la del Hijo y la del Hijo, no es la del Espíritu Santo; pero estas tres personas son un solo Dios verdadero en esencia; y todas las demás cosas que a esta divina esencia se atribuyen y le son propias, no propias como el accidente a la substancia, sino propias, siendo una misma substancia con ella.

Pues por no tener este santo conocimiento, tan necesario al hombre, el cual se alcanza por revelación y particular noticia del cielo, siguieron tantos errores estos engañados idólatras, dando nombre de dios a Huitzilopuchtli, atribuyéndole divinidad, y a Tezcatlipuca, que fuese distinto del primero; haciendo al uno dios de las guerras, y al otro, vivificador de las cosas del mundo. Y tajando por éste y otros semejantes desvaríos, fueron multiplicando sus disparates y el número de sus falsos dioses, de los cuales se trata en este libro. Pero porque la narración simple y rasa de ellos parece que fuera cosa áspera y desabrida, porque no fuera más que contar disparates y locuras de los que los inventaron, me pareció anteponerles el principio de estos errores, desde que comenzaron en el mundo, por los primeros que los apoyaron y les dieron estimación y crédito. Por esto comienza este libro por el conocimiento de Dios, diciendo haber en el ánimo del hombre un principio natural, aunque confuso, que lo inclina a buscarle y conocerle; y cómo los hombres fueron depravando este conocimiento y dejándose llevar con ignorancia crasa y maliciosa de este detestable vicio y error.

Y porque no se entienda que solos estos indios fueron los perniciosos, en este pecado, se confuta su yerro con decir, que otras naciones más atrasadas que ellos los adoraron con los mismos nombres (aunque diferenciados en la pronunciación de las lenguas, por no ser una misma la de todos), y cóncese en esto el intento del demonio, que fue uno mismo en los unos y en los otros; es a saber, querer ser adorado de todos en aquel ministerio y prerrogativa que atribuyó a cada cual de los ídolos, que con diferentes nombres introdujo en el mundo, entre los ciegos y engañados hombres que le siguieron en estos disparatados engaños. Pónense en este mismo libro otros sentimientos y pareceres que tuvieron acerca de la inmortalidad del ánimo y de la creación de los cielos y lo que tenían por demonio y otras cosas semejantes a éstas; porque si en todo ello erraron, se vea que no es maravilla que el que no conoce a Dios verdadero, tampoco conozca otras cosas que son efectos de su santa omnipotencia, y nos queda margen en esta consideración para dar gracias a Dios que los sacó de esta tan grande

ceguera y los trajo a la suave ley de Jesucristo, donde, con los que la profesan, alaben su santo nombre y vivan en su santa gracia, con que se salven, viviendo conforme su arancel y mandamientos, que son el camino cierto de el cielo.

